

Benjamín Silva, compilador

Historia social de la educación chilena, Tomo I, Instalación auge y crisis de la reforma alemana. Agentes escolares,

Santiago 2015, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana. 214 pp. ISBM979-959-9677-00-7.

La primera década del siglo XXI podrá ser recordada, entre otras razones, por la importancia que han alcanzado los asuntos educacionales en la agenda del país: demandas sociales y conflictos, debates políticos y febril actividad reformista, se han sobrepuesto a la continuidad de los procesos expansivos, de modernización y también de deterioro del sistema de enseñanza. Está claro que lo que piense y haga la sociedad chilena en este campo es de profunda trascendencia. Puede decirse que tenemos un problema de fondo que es, consecuentemente, un desafío con salidas de largo plazo.

Si la renovación y el mejoramiento de la educación son tareas colectivas de escala prolongada, hay razón para valorizar el desarrollo de una acumulación historiográfica congruente. El conocimiento de la historia de la educación chilena es necesario y parece estar enriqueciéndose. Así puede desprenderse de balances recientes tanto en la presentación de esta obra por el compilador Benjamín Silva, como el incluido en otra obra reseñada en este número¹. Parte del nuevo desarrollo del conocimiento en el área está dirigido a la corriente de la historia social de la educación. Es el caso de la publicación que aquí resumo y comento.

Sin ánimo de discutir sobre un canon de la particularidad de la historia social –en este caso de la educación– es posible una visión ampliada al respecto: toda buena historia de la educación es social. Por ejemplo: los capítulos o secciones que dedicó Gonzalo Vial a la educación en su Historia de Chile pueden considerarse aportes a esta subdisciplina. Pero tiene más circulación la corriente que la entiende como historia de los procesos y/o actores que se encuentran en la base de las prácticas educacionales: allí donde efectivamente se enseña y se aprende. Una versión más aguda es la historia militante de la educación: la que prescinde de los consensos y se limita a los conflictos, la que sataniza los poderes y sacraliza las resistencias.

En el libro que ha organizado y compilado Benjamín Silva hay una definición, que está contenida en el subtítulo de la publicación: los “agentes escolares”. Efectivamente, la mayoría de los trabajos se refieren a actores de la educación, por lo general en la dimensión escolar de la misma. Como se indicará más adelante, hay capítulos que se centran en reemorar agentes no escolares. Otros capítulos versan sobre reformas educacionales y otras decisiones políticas, que a algunos historiadores sociales pueden repugnar. Parece saludable que no se caiga en delimitaciones férreas, a menudo esterilizantes.

El volumen que se reseña, puede leerse también como historia cultural de la educación. Varios de los artículos se ocupan de problemas propios de los estudios culturales, con mayor propiedad o densidad.

¹ Ver reseña de Leonora Reyes Jedlicki, *La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)*, Santiago, Editorial Quimantú, Colección Aprobar, Serie Atizar y Colectivo Diatriba, 2014.

Otra de las particularidades de la compilación es que no se encierra en la insula chilena y se despliega por la geografía nacional. Varios de los trabajos abordan temáticas regionales. Algunos se refieren a nuestro enraizamiento en la región latinoamericana, así como al recurrente tema de las influencias culturales y pedagógicas entre Chile y otros países del mundo, más allá de nuestra área vecina.

Aunque aparezca un posible abigarramiento de la compilación, le da unidad el recorte temporal de la obra. El lapso 1880-1930 es prácticamente coincidente con otro de los recientes aportes a la historiografía de la educación chilena: los diversos capítulos producidos por un equipo de académicos bajo el liderazgo editorial de Sol Serrano, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo².

Adentrándose en los estudios que componen la compilación, se encuentra un excelente primer capítulo: Juan Pablo Conejeros se ocupa del tránsito “de la francofonía al embrujo alemán”, entre 1880 y 1910. Es una monografía que suma positivamente a enfoques más antiguos como los de Amanda Labarca y de Gonzalo Vial y otros más recientes como la tesis de Cristina Alarcón (en la FLACSO-Buenos Aires). Lo valioso es que Conejeros contrasta la hegemonía cultural francesa, que él muy bien había trabajado en un libro anterior, con su sucesora, la hegemonía germánica que, para el caso de la educación propiamente tal, ha merecido una buena acumulación. Llama una atención expectaciosa, el recurso que hace este autor a las publicaciones –poco difundidas en Chile– del estudioso francés Jean Pierre Blancpain.

El siguiente capítulo de la compilación lo ofrece Andrés Donoso Romo, que se ocupa de las demandas educacionales de las primeras organizaciones mapuches. En formato de ensayo y basándose en suficientes fuentes secundarias, Donoso entrega un registro de tales propuestas, significativas para un debate dolorosamente en curso en nuestros días. Pero Donoso no se detiene ahí y sorprende avanzando a unas inteligentes páginas sobre tres gigantes intelectuales latinoamericanos: José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, como telón de fondo al momento en que los actores mapuches reclamaban por acceder a la educación, como una respuesta a su recientemente impuesta subordinación.

Un tercer estudio hace viajar de la Araucanía al norte salitrero. Jaime González G. y Geraldine Sandoval D., después de conectarse bien con la historiografía de la educación chilena, especialmente en sus conexiones con la dimensión social, se enfocan en los estudios sobre la educación en Tarapacá en el período. Luego, entran de lleno y acertadamente a un objeto específico que liga educación con comunicación y con el actor movimiento obrero de dicha provincia: las referencias del diario *El Despertar de los Trabajadores*, de Iquique, a la política educativa de la época, desde perspectivas como “educación y liberación”, “educación y moral de clase”, “educación e ideas laicas” y “educación y estado”.

El cuarto capítulo es uno de los más propiamente referido al sistema escolar y más particularmente a la formación de maestras y maestros primarios en el período. Orieta Ojeda investigó muy fundadamente una arista poco conocida pero que cobra sentido en la coyuntura actual de las relaciones entre Chile y Bolivia. La autora devela vínculos cooperativos entre ambos países, bajo aceptación de ambos gobiernos. Esto, en los años en que supuestamente

² Serrano S., Ponce de León, M. y Rengifo, editoras (2012), *Historia de la Educación en Chile, Tomo II, La Educación Nacional*, Santiago, Editorial Taurus.

nuestro país se comportaría como agresor. En efecto, la autora documenta la contratación de chilenos para profesar en escuelas normales del país vecino y la estadia de bolivianas en escuelas normales chilenas, entre 1905 y 1920.

Máximo Quitral, José Carrasco y José Urbano, basándose en fuentes secundarias, recuerdan el muy estudiado proceso de generación de la Ley de Educación Primaria Obligatoria de 1920. En ese marco, aportan referencias al poco analizado papel desempeñado por la masonería chilena. El secreto que practica esta institución ha conspirado para que su importante implicación con el desarrollo educacional de la República sea abordado por la historiografía independiente. El capítulo a cargo de los tres autores indicados avanza en subrayar el papel de dos destacados maestros, Víctor Troncoso y Héctor Puebla, en los esfuerzos finales para lograr la aprobación de la ley. Importa especialmente la referencia a Troncoso, posteriormente actor significativo en dos hitos importantes de la historia social de la educación nacional en el siglo XX: por una parte, en la gestación de la desafiante Asociación General de Profesores de Chile y su propuesta de la reforma integral de la educación de 1928. En todo ello, Víctor Troncoso fue protagonista decisivo —y poco investigado. Por otra parte, Troncoso fue líder también central del Plan San Carlos y del movimiento de las “escuelas consolidadas” desplegado entre 1945 y 1973.

Otra contribución es la de Carolina Figueroa y Benjamín Silva, positivamente singularizada por el cruce entre dos temáticas: una, la construcción de la escolaridad en la dimensión territorial y otra, la presencia femenina en dicha construcción. Con plausible basamento en archivos de la época, los autores enfocan, desde la provincia, la agencia activa de maestras primarias en la instalación del aparato escolar chileno en la zona recién incorporada al Estado inmediatamente después de la guerra del Pacífico. La actividad de gestión escolar no se limitaba a la rutina del aula, sino que se atrevía a denunciar escaseces y problemas, y a presionar a las autoridades centrales para su solución. “Agentes escolares” como éstas han sido ignoradas por las escritoras feministas, engeguécidas por el halo de las directoras de liceo o de escuelas normales o las catedráticas universitarias del período.

El último capítulo de la compilación es obra de Pablo Toro Blanco. Su aporte tiene un título inquietante: “Corazones depravados” y “capataces de colegio”. El subtítulo especifica que se propone examinar las “relaciones entre inspectores y estudiantes como actores de la vida escolar en la enseñanza secundaria (c. 1880- c. 1920)”. En efecto, las expresiones proferidas en el título recogen respectiva y recíprocamente las calificaciones (o descalificaciones) mutuas entre los inspectores, hoy conocidos como paradocentes, y los alumnos liceanos. El capítulo de Toro aborda, reflexiva y documentadamente, las representaciones de estos dos agentes escolares de la época, yendo más allá de lo que podría considerarse desde la sociología propiamente intraescolar, o enfoques de micro-política educacional, para incursionar con seriedad en las singularidades de la teoría de las emociones y de la comprensión de la edad juvenil.

Finalmente, cabe señalar que el conjunto de los estudios que han conformado el reseñado volumen abren expectativas respecto a la diversidad de aportes que se incluirán en los anunciados dos futuros volúmenes de la colección: “Estado docente con crecientes niveles de responsabilidad en sus aulas. Chile de 1920 a 1973” y “La educación durante el neoliberalismo. Chile desde 1973 al presente.” Junto con valorizar el primer volumen, por recoger nuevas y diversas escrituras históricas respecto al campo escolar, habrá que esperar que la notable capacidad de emprendimiento académico de Benjamín Silva logre llegar a

buen puerto. Esta última metáfora alude a la residencia del compilador en Valparaíso, que hace más significativa la feliz impronta territorializada de la obra que se ha reseñado.

IVÁN NÚÑEZ PRIETO
Premio Nacional de Educación 2015